



# Ella

---

LINA MARÍA CORTÉS

## Era una vez, una niña...

Ve, andá a que te peinen esa mata.

Pero, me duele, mi mamá me jala (hala).

Uno es negro, pero pinchado.



¡Ya me peiné!

¡Que linda!, mi muñeca preciosa.

Tenía cinco años cuando ingresó a la primaria. Gracias a la enseñanza de su cuidadora en la guardería obtuvo los primeros lugares, pero siempre aburrida por ver temas superados y ser la “negrita”.

¡Vamos a jugar!

¡Vamos!

Ya sé, a la casita. Yo soy la mamá

No, usted es negrita, usted es la empleada.

Se vinculó a presentaciones culturales como las danzas folclóricas y el reinado, como siempre representando al departamento del Chocó –el departamento para la “negrita”– aunque era vallecaucana. Y ¡ganó! por su práctica desfilando varios días frente al espejo y desear la paz mundial, tal y como le dijo su mamá. Sin embargo, algunos querían que ganara la otra. La bonita.

Qué feliz era con su corona de papel metalizado. La llevó por varias semanas y se la ponía cuando la profesora se ausentaba y la dejaba a cargo de la disciplina. ¡La venganza!

No levante la cabeza. No charle. No copie. Le voy a decir a la profe.

Finalmente todo acababa en risas. La reina, negrita y sin paz.

En la locura de la adolescencia, su colegio, su amado colegio, representaba un lugar donde, sin importar como fuera, dijera o se sintiera, tenía un lugar agradable. Era un espacio para ser, conocer y hacer. Ya no era “negrita”, ahora, otra vez era ella. Bueno...

¿Qué hubo negra? ¿Cómo vas?

Bien, mestiza. Vamos a la cafetería.

No te me llenés de pepitas, te dije negra, pero de cariño. Ve, me empujó ese negro hijue... ¡Ay! Marica, no es por ofender, pero algunos todavía llevan el simio dentro. Pero vos sos diferente, sos más clarita, como café con leche y sos inteligente.

Sí, de cariño...

¿Era la adolescencia?, la frustración de descubrir que era una hormiga dentro del duro sistema. Nada de lo que hiciera iba a cambiar el mundo, para ella, injusto. No creía en nada, ni en nadie.

No quiero estudiar.

Tienes que estudiar para ser mejor que nosotros, para vivir mejor que nosotros.

No quiero, nada va a cambiar.

Voy a graduarme antes que usted para darle ejemplo.



¿Si vio?

La primípara en la universidad, por cierto rústica, pero era la universidad. ¡Que emoción!

Ahora, ¿dónde se sentaría? A la derecha y cerca a la puerta, como le gustaba, atrás con su amiga o al lado izquierdo y negro del salón.

-¿Quién respondió bien?

-¡Yo!

-¿Usted? (¿mujer y negra?)

-Sí, yo.

-Continuemos...

Era la “mujer negra”, no tenían que decirlo. Ella lo sentía.

El cambio.

Experimentó otras formas de relación, de amistad, de comunidad, de amor; creció en estatura, experiencia y alma. También aprendió del mundo académico, pero mucho más allá. Entendió la importancia de darse otra oportunidad, se reconsideró, aprendió a reconocer el inmenso valor del saber propio en cada ser, aprendió a aceptar el fracaso, cuestionarse y deconstruirse.

Somos constante proceso.

Estamos unidas y unidos por el dolor.

Cuando te lastiman, nos lastiman a todas y todos.

El progreso de una es el progreso de todas.

Sin embargo, había colectivos, que ella creía sus espacios, en los que se sintió fuera de lugar.

Los negros, negros, somos bien oscuros, color azabache, sin mezclas.

Los negros, negros, somos los nacidos y criados en el Pacífico, los de la ciudad son negros chiviados, blanqueados.

Los negros, negros son los que conservan sus tradiciones, porque de qué les sirve ser oscuros y del Pacífico si cuando salen a otro lugar se vuelven oreo: negros por fuera y blancos por dentro.

Los negros son aquellos que son conscientes de las relaciones de poder, el racismo y las opresiones. Los demás, le hacen el juego al sistema.

Entonces, como que yo ¿no soy?



Le costó tiempo, reflexiones, charlas y discusiones, dejar de sentirse así. Sí, tal y como se imaginan. Comprender que todos estamos contruidos de formas diversas, en valores, experiencias y procesos. Que no hay una sola forma de ser, de ser negra, que todas, todos y todo es válido pero que hasta esa apreciación está en el campo de lo subjetivo, tal vez acomodada a su existencia, tal vez, es una contraposición a que siga siendo otra u otro quien le nombre y de sentido.

-Sí, yo soy.

Así que no terminó triste o feliz, porque no terminó, sigue viviendo, se sigue construyendo.



#### LINA MARÍA CORTÉS MUÑOZ

Joven caleña, artesana y soñadora que está en constante aprendizaje, encontrándose consigo misma y otras personas que se piensan la construcción de un mundo más justo. Hoy abogada gracias a resistencias y esfuerzos individuales, colectivos y ancestrales. Se interesa en la defensa del territorio de las comunidades negras.